



LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Estudios históricos: Viriato.—El mundo ideal; poesía.—
La flor de las ruinas.—Revista de teatros.—Modas.—
Explicación del figurín.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

VIRIATO.

I.

España, libre del ominoso yugo de los cartagineses, roto por la espada de Escipion, se vió de nuevo oprimida por el de los romanos que no la trataron mejor que sus mortales enemigos.

La rapiña, la violencia y el medro personal, fueron siempre los únicos nortes de sus gobernadores, que hicieron de la hermosa Península ibérica una mina inagotable, y de sus nobles hijos un rebaño de esclavos que conducian

maniatados á vender en los mercados extranjeros.

La Lusitania,—hoy Portugal,—sintió, si se quiere, más que otra region, las vejaciones de estos tiranos.

Pero sus naturales, altivos y valientes, empuñaron las armas en defensa de su independencia; y los soldados del pueblo-rey, las altivas legiones romanas, se vieron rotas y dispersas en cien encuentros por aquellos improvisados guerreros.

El pretor Servio Galba conoció, á pesar suyo, lo que puede un pueblo, cuando el amor á sus libertades y la defensa de sus intereses, arma su brazo para la lucha.

Galba, hombre tan experimentado y astuto, como ambicioso y vengativo, comprendió que la fuerza no era el medio más á propósito para vencer el enérgico carácter de aquellos naturales, y resuelto á conseguir su objeto, apeló al dolo y á la astacia como el remedio más eficaz.

Finjió, pues, desistir de sus anteriores pro-

pósitos, y deponiendo la actitud guerrera, empezó con suaves y conciliadoras medidas á granjearse el aprecio y la amistad de los lusitanos.

Estos, tan confiados como valientes, cayendo en el infame lazo que el astuto pretor les preparaba, depusieron las armas y se entregaron todos á sus agrícolas faenas.

Un día los emisarios del pretor citaron á lo más escojido de la comarca, so pretexto de arreglar en una reunion las diferencias que continuamente surjian sobre la posesion de los Tenescos.

Cerca de treinta mil lusitanos acudieron presurosos al llamamiento, y el vengativo Galba, cuando los tuvo en sitio á propósito para sus designios, cercólos repentinamente con sus legiones y ordenó la muerte ó la cautividad de todos ellos.

Aquel mandato horrible fué inmediatamente obedecido.

Los soldados romanos se arrojaron como una inmensa manada de lobos hambrientos sobre aquellos confiados naturales, arrancando la vida al que trató de defenderse.

En medio de aquella escena de horrores, un jóven de robustas formas y de continente bravío, seguido de algunos otros, á quienes animó con sus palabras, se arrojó á romper aquel muro de acero sin más defensa que su desnudo pecho, ni más armas que su valor y su indignacion.

El acaso, esa potencia invisible y caprichosa le prestó su ayuda, y aquel puñado de valientes se abrió paso á través de las filas enemigas, refugiándose, con el corazon ardiendo en ira, en lo más fragoso de los montes.

Aquel jóven era Viriato, el ignorado pastor cuyo nombre y cuyas hazañas habian de ser un día el terror de Roma.

II.

El tiempo ha trascurrido, y la Providencia, ese poder recto y justiciero que no deja impune ningun delito, ha castigado la cobarde accion del pretor romano.

Viriato, aquel oscuro pastor que escapó milagrosamente de la matanza decretada por el infame Galba, levantó la bandera de la inde-

pendencia, bajo cuya sombra corrieron á cobijarse cuantos conservaban en su pecho un átomo de patriotismo.

Y aquel jóven, pastor en un principio, capitán de bandoleros despues y caudillo de las huestes lusitanas en la actualidad, vence con su valor y sus ardidés las legiones romanas, humillando en cien combates el orgullo de la ciudad que dió leyes al mundo, llevando el terror y el espanto hasta sus mismas murallas.

Los pretores Vitelio, Cayo Plancio, Unimaso, Nigidio, Lelio, y los cónsules Fabio Emiliano, Cecilio Metelo y Serviliano vieron deshojados sus laureles conseguidos en sangrientos combates y rasgadas sus gloriosas banderas por la espada de aquel afortunado caudillo.

El nombre de Viriato llegó á pronunciarse en Roma con tanto espanto, que aquella nacion, cuyos soldados uncieron á sus carros de triunfo á la artista Grecia y á la altiva Cartago, aquel pueblo que hacinó en el Panteon los dioses de todas las teogonías, se vió sin capitanes que oponer á aquel improvisado guerrero.

Sus altivos cónsules vieron eclipsarse su aureola de gloria hasta el punto de tener que acudir á solicitar la paz de aquel hombre protegido de la fortuna.

Serviliano concertó con él, despues de ver deshechas sus huestes y cercadas sus más robustas ciudades, paçes que fueron rotas con indignacion por el Senado romano, que á pesar de todo no podía acostumbrarse á deponer su gloria á las plantas de aquel oscuro aventurero.

El cónsul Quinto Servilio Cepion rompió las hostilidades arrojándose como un torrente sobre las descuidadas poblaciones y cautivando á sus desarmados habitantes.

La nueva de esta alevosía llegó pronto al jefe lusitano, quien armando su hueste y desplegando su enseña, corria con la velocidad del rayo á detener los progresos del enemigo.

Los dos cuerpos se avistaron al fin resueltos á acometerse, pero la proximidad de la noche contuvo su impaciencia, y asentando sus reales el uno enfrente del otro, esperaron la venida del alba para decidir la contienda con las armas.

Viriato, resuelto á pedir en forma esplicaciones sobre la aleve conducta observada por los

romanos, mandó al campo enemigo, como embajadores, á sus tres capitanes Alanco, Ditalco y Minuro; pero Servilio Cepion, aleccionado ya con las derrotas sufridas por sus antecesores, aprovechó lo oportuno de la ocasion, y valiéndose del oro y de las promesas, consiguió seducir á aquellos tres miserables que se comprometieron á arrancar la vida á su caudillo.

III.

La noche habia cerrado completamente, entendiendo su manto de nieblas sobre el mundo.

La oscuridad era disipada en parte por las hogueras que alimentaban los soldados del uno y el otro campo.

Viriato, despues de haber recorrido las avanzadas y dictado las órdenes convenientes, dormia desarmado en su tienda, débilmente alumbrada por la mortecina luz de una lámpara de hierro.

La respiracion del caudillo acompasada y lenta era el único ruido que turbaba el silencio de aquella estancia.

Poco despues, el tapiz de entrada se alzó y tres hombres aparecieron observando recatadamente: eran los capitanes vendidos al cro romano.

—Duerme,—dijo uno de ellos con marcada alegría,—la ocasion es la más oportuna, los dioses protejen nuestra empresa.

—Pues terminémosla.—Entonces los tres se precipitaron en la estancia y hundieron con infame alevosía sus aceros en el cuello del indefenso caudillo.

IV.

Despuntaba el alba, tiñendo de oro y púrpura el ancho cielo; cuando en el campo lusitano empezaba á cundir la terrible nueva de la muerte de Viriato.

Las lágrimas corrian por las tostadas y varoniles facciones de aquellos guerreros endurecidos en cien combates, y los sollozos se exhalaban de sus corazones transidos de pena.

Todos se disputaban el contemplar los inanimados restos de aquel héroe salvador de la pátria y terror de Roma.

En tanto que esto sucedia, en el campo contrario, al cual se acogieron los tres asesinos

despues de su crimen, se escuchaban los acentos de las trompas que anunciaban el deseo de trabar la lucha.

La desesperacion se apoderó de los lusitanos, ante aquel alarde guerrero que venia á escarnecer su dolor, y formándose en orden de batalla despues de colocar en una alta pira el cuerpo de su caudillo, corrieron al combate sedientos de venganza.

La lucha fué obstinada y terrible; pero los lusitanos, faltos de una cabeza que los dirigiera y de un corazon que los alentase, fueron, á pesar de su heroismo, vencidos y rotos, dejando el campo cubierto de cadáveres y quedando muchos por esclavos del vencedor.

Terminada la lucha, el cónsul Servilio recorrió el campo, y al llegar al sitio donde un monton de ceniza demostraba el punto en que se colocó la pira que consumiera el cadáver de Viriato, estendió su mano derecha sobre él, exclamando:

—Aquí yace enterrada la independencia ibérica.

Y así fué lo cierto; la muerte del noble caudillo lusitano dió el golpe de gracia á la independencia de aquellos naturales, que acudieron á doblar el cuello al yugo de hierro de la soberbia Roma.

J. CASTELLANOS.

EL MUNDO IDEAL.

DELIRIO.

Yo ví en un mundo ideal
Que forjé en mi pensamiento,
Otra esfera, otro elemento,
Y una aurora boreal.

Siete piedras angulares
El nuevo mundo formaban,
Siete lunas alumbraban
Sobre sus campos y hogares.

Y en varios grupos de estrellas
Ví séres de tanto agrado,
Que ellos luz le hubieran dado
Al faltarle luz á ellas.

Tambien un pueblo naciente
Que sin historia y sin hechos
Su libertad y derechos
Promulgaba sábiamente.

Y un tribunal poderoso
 Con jefes de gran valía,
 Dando la ley de armonía
 A un pueblo tan venturoso.
 Y jóvenes de esperanzas
 Labrando la virgen tierra,
 Donde no puede la guerra
 Poner la cuja á sus lanzas.
 Y cual fuertes infanzones
 En el *bien* sellan su gloria,
 Y no en la sangrienta historia
 De nuestras viejas naciones.
 Y ví mujeres donosas,
 Que juzgué sin conocerlas
 De la creacion las perlas
 Por hallarlas tan hermosas.
 Trabajaban sin cesar
 Tejiendo bellas guirnaldas
 De rosas, mirtos y gualdas,
 Para aquel que sepa amar.
 Y cada cual lleva flores
 Que su constancia le abona,
 Para adornar la corona
 Que hoy le ofrecen sus amores.
 Y en baile púesto en pareja
 Dirijido con decoro,
 Recójese un «yo te adoro»
 De entre dulcísimas quejas.
 Y aquel pueblo que gozaba
 Con los grupos de alegría,
 El himno de la armonía
 Con la juventud cantaba:
 «Galantes donceles,
 Preciosas doncellas,
 Sigamos las huellas
 Que amor nos trazó.
 »Venid, compañeras,
 Venid, trovadores,
 Cojamos las flores
 Del campo de amor.
 »Trabajo y constancia
 Animen los brazos,
 Unidos con lazos
 De fina amistad.
 »Cojamos el mirto,
 Sembremos la oliva
 Y en nos siempre viva
 La union fraternal.»
 Yo los seguí; mi loca fantasía

Giraba por do quier ellos giraban;
 Libres y unidos todos entonaban
El himno de la paz y la armonía.
 Y allí reinaba amor; su reino era,
 Y no se hallaba el ardoroso estío,
 Ni viejo aspecto del invierno frío;
 Tan solo hallé la hermosa primavera.
 Yo gozaba la brisa bienhechora
 En el nuevo y celeste paraíso
 Como en sus campos y sus flores piso
 Y me alumbran las luces de su aurora.
 Gocé su libertad, su union amada,
 El derecho debido á las mujeres,
 De ambos sexos derechos y deberes,
 Y gocé del amor la ley sagrada.
 Mas cuando absorto en mi feliz delirio
 Ví florecer las ramas de la oliva,
 Una mano cruel, dura y esquivada,
 Arrastróme á las garras del martirio.
 Luché, mas no vencí; su rudo brazo
 Mi cabeza estrechó, cubrió mis ojos,
 Y un páramo encontré lleno de abrojos,
 Y de la esclavitud el negro lazo,
 Se oscurecen las luces de repente
 De aquel fértil y alegre paraíso,
 Del orbe terrenal los lares friso
 Y hallo marchita mi abrasada frente.
Sufrir y no gozar, una voz dijo:
 Sufrir y no gozar, víctima triste,
 De implá sociedad que no desiste
 Del vil decreto que Satan predijo.
 ¡*Sufrir y no gozar*, cuando natura
 Por mano de Jehová se ofrece grata!...
 ¿Por qué el genio del mal nos arrebató
 Nuestras dichas, placeres y ventura?
 ¡Ah! ¡Dejadme gozar! Mi fantasía
 Vuelva de nuevo á recobrar su vuelo,
 Desterrando el dolor y amargo duelo;
 Vuelva al Edem de paz el alma mia.

MARÍA JOSEFA ZAPATA.

Cádiz 21 de setiembre de 1863.

LA FLOR DE LAS RUINAS,

RELACION DE UN SUCEDIDO,

POR FERNAN CABALLERO.

(Continuacion.)

—Porque soy esclava.

—¡Esclava! ¿De quién?

—De mis perversos hermanos. He intentado libertarme y huir de su cruel tiranía, y siempre estos ensayos me han salido fallidos y me han costado caro. Mira esta cicatriz en mi cuello, este brazo aún sin movimiento por una dislocación que ha sufrido, y comprenderás, no solo el yugo que sobre mí pesa, sino también el peligro en que estaría mi vida si me escapase de ellos, pues en todo lugar que me escondiese, sabría encontrarme su puñal.

—¿Y á qué te obligan, infeliz?

—Me obligan á cuidar de su casa y á preparar sus alimentos. Me obligan ¡gran Dios! á traerles aquí á aquellos hombres ricos que, imprudentes, se obstinan en seguir mis pasos cuando me fuerzan á ir para ser vista á los sitios públicos.

—¿Qué dices? — exclamó Pedro aterrado.

—¡Sí, sí! — prosiguió ella con vehemencia desesperada; — ¡sí, sí! Para eso aprovechan la hermosura que dicen que Dios me ha dado. Y una vez que han entrado entre estas ruinas que encubren y callan cual cómplices, los despojan; y para que este delito no se sepa ni se trasluzca...

La voz se anudó en la garganta de la que hablaba, que miró en torno suyo con pavor como si temiese apereibir entre las grietas de las carcomidas y hendidas paredes, oídos que la escuchasen y ojos que la espiasen.

—Acaba, — dijo Pedro con ansiosa suspensión; — ¿qué hacen?

La interpelada se acercó á su amante, y le dijo en queda y profunda voz:

—¡Los asesinan!..

—¿Qué espanto! — exclamó Pedro desviándose de ella. — ¡Y yo he amado á esta funesta mujer, á este reclamo del crimen, á esta sirena de cementerio!

—Por eso, — prosiguió ella, — nunca he querido traerte á mi casa; por eso me he resistido á ello con tanta obstinación. Y cuando obligada por tí te he complacido aprovechando la ausencia de mis hermanos; cuando con obedecerte he querido probarte mi cariño, ¡infeliz de mí! solo he conseguido perder el tuyo.

El tedio, el horror y el asombro sellaban los labios de Pedro.

—Y no obstante, — prosiguió ella, — tú eres el

solo hombre, el solo sér que he querido. Por el amor que te tenía, que me hacía imposible traerles más víctimas, he recibido la herida cuya cicatriz conservo. ¿Y qué te ha pedido en cambio esta pobre *flor de las ruinas*, sino lo que la más humilde pide al sol, florecer al calor y brillo de su luz? ¿Qué te espanta en la que poco há amabas, que de ella apartas tu vista? ¡Oh! ¡infelices mujeres, siempre empujadas al mal por los hombres, y nunca sostenidas por ellos cuando quieren hacer el bien! ¡Miseras desheredadas de perdón, del que son sus corazones inagotables fuentes! ¡Existencias de cristal, de las que con despotismo se apodera el hombre, y que empaña con su amor, quiebra con su crueldad, su abandono ó su desden!

Cuanto esta mujer decía era tan cierto, aplicado á ella, que Pedro, compadecido, iba por fin á contestarle, cuando sonaron fuertes golpes dados en la puerta.

CAPÍTULO V.

—¡Cristo crucificado! ¡ellos son! — exclamó la jóven, aterrada al oír los golpes.

—¿Quiénes?... — preguntó Pedro.

—¡Mis hermanos, los asesinos sin piedad, los verdugos sin misericordia! — respondió ella alzando las manos con espanto.

Los golpes redoblaron.

—¿Qué hacer, Madre de piedad, qué hacer? — murmuró la infeliz volviendo en torno suyo sus desalentados ojos, como para buscar un medio de salvación que era imposible.

La mal pergeñada puerta cedió en este instante á un vigoroso empuje, y tres foragidos entraron en aquella estancia, mal alumbrada por un candil colgado en una de las salientes asperidades del descarnado muro. Después de hacer á su hermana algunas cortas y brutales reconvencciones por su tardanza en abrirles, se dirijieron hácia Pedro, sin demostrar estrañeza por hallarle allí. Mas su hermana, precipitándose á su encuentro, escuchó á su amante con su cuerpo, exclamando con vehemencia:

—¡No, no le matareis sin atravesar antes mi pecho!

Por única respuesta, el mayor de los tres la cojió por un brazo, y la tiró al suelo á dis-

tancia, apartándola así del lugar en que pasaba esta escena.

Pedro estaba desarmado; pero aun en el caso de que hubiese tenido armas, toda resistencia contra tres foragidos era tan inútil como insensata, y solo habria servido para precipitar la inevitable catástrofe: por lo cual los foragidos le despojaron de cuanto llevaba, sin que opusiese resistencia.

—¡Por Dios, hermanos!—gimió su pobre hermana, que se había arrastrado sobre sus rodillas hasta sus piés;—¡os pido que no le mateis! ¡Es el solo hombre que he amado! ¡Con su vida me arrancais la mia! ¡Tened piedad... una vez siquiera! ¡tened piedad de él y de mí!

Los foragidos no hicieron caso alguno de estos angustiosos ruegos, y se apoderaron de Pedro.

—¡No, no le matareis!—esclamó su hermana levantándose erguida.—Si no le soltais por compasion, lo hareis por temor de mi venganza. ¡Y eso que vosotros no sabeis hasta dónde puede llevar la venganza una mujer, que si no tiene vuestra mala alma, tiene en sus venas la misma sangre que corre por las vuestras!

—¡Atadla!—mandó el hermano mayor.

(Se concluirá.)

REVISTA DE TEATROS.

Album de LA VIOLETA.

Virtud y libertinaje, drama en cuatro actos, en prosa, original del Sr. D. José Maria Diaz.

El drama que vamos á examinar brevemente, se ha estrenado la semana última en el coliseo del Circo.

Diversas han sido las opiniones de la crítica para juzgar esta obra; pero todas han reconocido en ella cierta importancia, no en absoluto. Nosotros vamos á esponer la nuestra, tal y como la hemos concebido, sin pretensiones de que sea tan esclusiva, que no convenga en mucha parte de las razones de algunos de nuestros colegas.

Este drama, objeto de una repulsion inmediata de la censura de teatros, declarado inofensivo á las costumbres y á la religion por un jurado especial, ha confirmado en la representacion el juicio sensato del jurado, y la meticulosidad inconveniente de la censura: hay

moralidad en el fondo; y aquello que resulta peligroso, está hábilmente velado.

Aceptado el pensamiento de la obra, vamos á fijarnos naturalmente en el plan, en la forma y en los caracteres, deduciendo de este brevísimo exámen, la importancia que se la puede conceder.

El plan de este drama es absurdo, por no decir extravagante: imprime en toda la obra una escentricidad que nunca se pone en consonancia con el género, careciendo además de esa coherencia ingeniosa que acumula todos los golpes de luz en determinadas situaciones. Inicia el asunto de una manera estemporánea, le arrastra penosamente, sacrificando á cada paso la verosimilitud, y le concluye con violencia injustificada, que si bien se acomoda al gusto del público, defrauda las reglas del arte.

No tenemos espacio suficiente para examinar esta obra en todos sus detalles y comprobar nuestras opiniones con la esposicion de su argumento; pero aquellos de nuestros lectores que la hayan visto, conocerán la verdad que asiste á estas observaciones generales.

Por el plan resulta este drama sin coherencia, y como resultado inmediato, no hay que buscar en él trama y complicaciones que puedan dar lugar á los grandes efectos: pudiera decirse con bastante propiedad, que se compone de una coleccion de capítulos de novela, bien escritos, sí, pero extraños al enlace y encadenamiento peculiar al teatro, que exige al arte una íntima concentracion, estrechamente vinculada con el asunto, y una movilidad en los caracteres perfectamente razonable.

Esta gimnasia escénica tiene tan superior importancia cuando está bien conducida, que suple con ventaja á las disertaciones más acabadas, siempre monótonas cuando se prodigan frecuencia.

De todas estas faltas adolece el plan del drama en cuestion, resultando estrañamente defectuoso, por la sola razon de que limita puerilmente el campo donde se han de mover los personajes y los encierra en círculos pequeños, donde por mucho que se esfuerce, pueden hacer bastante poco.

Pasemos á la forma.

Desde luego se puede asegurar que es inmejorable, no solo por la correccion y elegancia del lenguaje, sino por la novedad con que presenta las ideas, por la riqueza de sus imágenes y por la doctrina que contiene. Hay quien dice que á esta obra la salva la forma, y nosotros reconocemos su mérito indisputable; pero queda sin resolver una cuestion. ¿Es la forma de este drama la que conviene á su índole y á sus tendencias?

Creemos que nó.

Y nos fundamos para decir esto, en que entre

la forma de la obra y su índole existe una distancia ilimitada: son dos antítesis que se repelen mutuamente; son dos puntos separados por líneas asintotas.

En efecto: la índole de la obra es realista, y la forma romántica; el asunto es psicológico, y el estilo altisonante; el pensamiento entraña en la vida positiva, y su manifestación se eleva hasta lo maravilloso. ¿Qué se deduce de este contraste? Se deduce que la forma se identifica con el plan, y que propende de una manera flagrante á dar más resalte á su inverosimilitud y á su monotonía.

Fuera de esto, que también ejerce una alta importancia en las creaciones dramáticas, párecenos que tan lujosa dicción resulta á cada paso viciosa y redundante; que se prodiga á manos llenas el colorido, sin tener en cuenta la trivialidad de muchas situaciones; que más de una vez resulta impropia la frase en boca de los personajes, y que, aparte del frío escepticismo, de la ironía pueril que forma su carácter dominante, se trasluce á cada paso la personalidad del autor.

A pesar de la bondad innegable del pensamiento de esta obra, no hay una situación en ella en que el espectador se conmueva de una manera sensible y natural: su forma difusa le anonada; y cuando se propone admirar efectos verdaderos, encuentra situaciones forzadas y artificiales. Es una obra, cuyo interés se encierra en una sola escena.

Respecto á los caracteres, no nos parece que el autor ha estado tan desacertado. Leoncia llena por sí sola la escena. Algo inverosímil parece que ame profundamente á un hombre de instintos tan bajos y tan repugnantes como los de Enrique; pero justo es confesar que eso está también en el corazón humano.

El tipo de Acuña, hombre que disfraza sus vicios y sus miserias con el manto de la piedad religiosa, haciendo infame alarde de su hipocresía y de sus execrables sentimientos, encierra gran verdad y superior parecido con otros tipos de la vida pública, solo que en la acción principal del drama carece de utilidad, porque no toma parte directa. Sin embargo, ofrece contraste en la exposición y comprobación del pensamiento; y por lo acabado de la figura, se le puede tolerar que se presente á dar una idea de lo que hubiera sido capaz si el autor le hubiera puesto en juego de otra manera.

Tal es en resumen la obra en cuestión: ciertos detalles de efecto, toques de alguna delicadeza y una moralidad indiscutible, acreditan á su autor de hombre de talento, y traen á la memoria muchas de sus aventajadas producciones literarias, con las cuales se ha enriquecido nuestra escena.

Su último drama se hace recomendable por su intención y por sus caracteres: nosotros solo hemos combatido su importancia, y esto en obsequio de la verdad y de la justicia, que es la única misión de la crítica, si ha de prevenir y atenuar los errores exagerados. Atendiendo á la penuria existente del teatro, la última obra del Sr. Diaz es doblemente aceptable.

L. A. HERRERO.

MODAS.

Correo de señoritas.

El terminado octubre nos recuerda que debemos pasar por los rigores del frío para poder llegar otra vez á la dulce primavera. Adios las bellas flores, las perfumadas brisas, los trinaidores ecos de las aves arrullando sus amores. La naturaleza mustia, los árboles amarillentos se despiden de nosotros, desechando sus vestiduras viejas y marchitas que ostentarán renovadas y radiantes de frescura y esplendente verdor en la poética estación.

Acariciemos la esperanza de volver á oír el murmurio de los mansos arroyuelos semejante á un idilio de Mme. Deshoulières, envueltas en los siguientes abrigos:

Aladin: paletot talleado de gro-grain, enteramente bordado de pasamanería y de pequeños guipures; la parte baja recortada de distancia en distancia.

Miss Aurore: paletot de paño Habana, aplicación de paño más oscuro, adornado de varias vueltas de acolchado; aberturas y bolsillos por detrás como en los paletots de hombre.

Méjico: capoton de terciopelo forma redonda; gran volante de guipure en el bajo, y guipure en la parte alta figurando pelerina.

Philhellepe: chal largo de cachemir con bordados al pasado negros ó de color.

Mac-Ivor: redonda con gran pelerina en paño afelpado escocés, toda guarnecida de bolas de felpilla.

Annamita: abrigo de baile con capuchon, de cachemir ó de tafetán blanco, adornado en el bajo con una guirnalda de seda negra bordada al pasado, de guirnaldas que descienden perpendicularmente, y de encajes de Chantilly. Como se deja ver, en punto á confecciones nada es enteramente nuevo ni interesante; pero el

paleot Aladin y las rotondas, que obtienen gran éxito, serán los abrigos más admitidos. El paleot puede ser de terciopelo, ó gros-grain negro ó de color pensamiento, azul oscuro, Habana. Las rotondas en paño escocés que en este momento están en boga podrian muy bien caer en descrédito este invierno á menos que no se adopten en tejidos de elevado precio como felpa, terciopelo ó felpilla.

La pasamanería es lo que más se emplea como adorno, despues los estrechos guipures, ya lisos ó ligeramente fruncidos, los entredoses de guipure ó de encaje, las franjas, las bolas de felpilla, los bordados al pasado, y las aplicaciones de paño ó tafetán.

Los abrigos de soiré prometen ser elegantísimos. Se confeccionarán en terciopelo cereza, azul Luisa, en tafetán, en gro-grain de todos colores, en cachemir blanco, bordados al pasado ó guarnecidos de soutaches de oro, de encajes, de entredoses de blonda, de franjas de felpilla, de flecos del Thibet, de cisne, de pasamanerías con perlas blancas.

Pocas novedades pueden ofrecerse con respecto á la forma de los vestidos; solo se puede insinuar que el postillon decae, y que generalmente se hacen con gran punta casi como una aldeta por detrás y chaleco pequeño por delante, repitiéndose en este el mismo adorno que en la aldeta. Los trajes para muy vestida (*tres-habilleés*) se adornan por detrás con cinturones de la misma tela ó de cinta de una anchura prodigiosa, y adornados de ruches, de entredoses de encaje, etc.

Las mangas casi todas con hombreras son cada vez más estrechas, cuanto que puede pasar la mano. Con estas mangas se adoptan puños de tela doble con seis ó siete botones y sin bullones.

Algunas faldas son lisas, con un bajo de 20 á 30 centímetros de altura, generalmente abotonadas con la mayor sencillez de alto á bajo con lindísimos botones de acero ó pasamanería.

Para niñas pequeñas y ya mayorcitas generalmente se escoje la forma suiza en trajes de vestir, sea con tirantes ó sin ellos, punteaguda ó cuadrada. Suele ser igual al vestido más bien que de terciopelo, y casi siempre exige gran cintura por detrás.

Como novedad y modelo gentil, aunque parezca algo chinesco, es un corselillo con seis puntas, tres delante y tres por detrás, y seis aldetas pequeñas con un cascabel ó borla á cada punta que descienden sobre las caderas.

Concluiré mi reseña con un traje de ceremonia para una señorita de tres años. Vestido de muselina blanca con cinco volantitos de la anchura de un dedo, encañonados y colocados en el bajo de la falda. Sobre el último, un entredós de un dedo de ancho bordado; cuerpo escotado cuadrado y enteramente bullonado por delante y por detrás; pechera rodeada de un ruche de estrecho valencienne, y formada de bulloncitos separados por entredoses. Sobre los hombros, reteniendo las dos pecheras, lazos de cinta azul. En el cuello entredoses de Valenciennes; mangas cortas sumamente bullonadas con entredoses y valenciennes. Cinturon largo y muy ancho de tafetán azul. Zapatos de tafetán azul con gruesas escarapelas.

Los sombreros espero me darán motivos para hablar en la próxima revista.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

1.^a figura.—Vestido de seda gris adornado de bandas de terciopelo color de cuero, encuadradas en puntillas estrechas de guipur negro. La primera rodea el bajo de la falda. La segunda más arriba va formando ángulos reunidos por una línea derecha, terminados por un fleco de felpilla. La misma franja de terciopelo sube adornando el pecho y la espalda y rodeando el talle, repitiéndose el mismo adorno en las mangas. Cuello y mangas bordadas. Sombrero de terciopelo gris, plumas iguales, rosas y blonda en lo alto, bridas blancas.

2.^a figura.—Vestido de tafetán mejicano, verde subido, *forma princesa*, adornado con arabescos de encaje sobre fondo claro, repitiéndose las mismas disposiciones en el cuerpo. Las mangas casi justas, llevan en el borde un encañonado igual al que adorna el bajo de la falda. Cuello y mangas bordadas, sombrero de terciopelo verde bordado de blanco, pluma blanca y blonda en lo alto. *Fanchon* Marie Stuart, bridas verdes.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1863.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pretil de los Consejos, 5, principal.